

## ¿Sí al fracking?

PEDRO JUAN GONZÁLEZ CARVAJAL

Hace algunas semanas una comisión de expertos conformada en el 2018 dio sus primeras recomendaciones y le dio luz verde, de manera preliminar, al desarrollo de planes piloto de investigación (PPI) para la explotación de hidrocarburos por este método alternativo, en desuso por parte de la mayoría de países desarrollados que tienen reservas de hidrocarburos.

En nuestro país, el país del Sagrado Corazón, donde se delimitan los Parques Naturales y los Páramos para después otorgar licencias ambientales para la explotación de minerales, violando la legislación expedida, esta noticia no debe sorprendernos.

Es claro que en términos económicos la explotación de hidrocarburos es muy importante y significativa para el país, lo cual es un buen argumento, pero no concluyente, para determinar la aprobación de procedimientos vetados en el mundo desarrollado.

Es la visión de corto plazo, una de las causas por las cuales el activismo y la precipitación no nos dejan ni pensar, ni planear, ni ser asertivos a la hora de tomar decisiones.

Ahora que fuimos admitidos en la Oede y que falta solo un formalismo legal interno para que esta vinculación entre en plena vigencia, se hace más que necesario estudiar las buenas prácticas y las decisiones que los países miembros han tomado alrededor del tema.

El uso del glifosato y del paraquat, el empleo del fracking, la despreocupación por el uso actual del asbesto, la venta de medicamentos prohibidos en otras latitudes, el vertimiento descontrolado de residuos propios de la minería en nuestros ríos, la voraz deforestación de nuestros bosques y nuestras selvas, es solo una pequeña muestra, de la flagrante irresponsabilidad de los órganos de control colombianos, de todos los pelambres, que no se preocupan ni se ocupan, repito, de manera irresponsable, por la salud y el bienestar de los colombianos.

La debilidad del Estado hace que tengamos fronteras desprotegidas, mares y espacio aéreo irrespetados, injerencias ajenas en los asuntos internos, Patrimonios de la Humanidad otorgados por la Unesco descuidados, firma de contratos cuasi leoninos, Planes de Ordenamiento Territorial (POT) violentados, leyes respetadas pero incumplidas, incumplimiento en la entrega oportuna y de calidad de los derechos constitucionales a los que tienen derecho los ciudadanos, ineficiencia en los procedimientos lo cual fomenta la corruptela, incumplimiento de reglas de juego internacionales, entre otras variadas circunstancias, lo que hace que la falta de gobernabilidad sea evidente y que los ciudadanos no tengamos plena confianza en las reales capacidades del Estado.

Todo lo anterior obliga a repensar al Estado y al tipo de ciudadanos que tenemos en Colombia. Solo la formación de una adecuada conciencia histórica y geográfica nos permitirá conocer, reconocer, valorar y respetar nuestro patrimonio nacional.

Arduo trabajo nos espera, puesto que para sacar adelante este importante objetivo es necesaria la existencia de un sistema educativo pertinente, lo cual hasta la fecha no lo hemos podido establecer.

Nace entonces una nueva comisión de Sabios conformada por académicos, intelectuales y artistas nacionales e internacionales con el fin de presentarle al Gobierno Nacional, en 10 meses, una serie de recomendaciones para impulsar la ciencia, la tecnología y la innovación.

Ojalá esta comisión tenga más peso que aquella integrada por 10 sabios nacionales que por encargo del entonces presidente César Gaviria, en septiembre de 1993, recibieron el encargo de presentar un documento que fue titulado como *Al filo de la oportunidad*, para impulsar la educación, la ciencia, el desarrollo económico y el progreso, documento entregado en julio de 1994.

Sea el momento entonces de insistir en la siguiente arenga: ¡Todo por Colombia, nada contra Colombia!



**“En nuestro país, el país del Sagrado Corazón, donde se delimitan los Parques Naturales y los Páramos para después otorgar licencias ambientales para la explotación de minerales, violando la legislación expedida, esta noticia no debe sorprendernos”.**

IMAGEN



Páramo

Carlos Alberto Gómez Fajardo

LA URNA ABIERTA

## El irresponsable “progreso” de Medellín

MELISSA PÉREZ PELÁEZ\*

Hablar de “progreso” en Medellín, y en general de cualquier parte del mundo, supone hablar del bien común, del interés general y de las necesidades individuales. El bien común supone una mejora para la comunidad o para el mayor número posible de ciudadanos -bien sea en términos económicos, sociales, morales, culturales, entre otros- siempre y cuando no implique un daño para nadie. Así lo entendieron los grandes pensadores del liberalismo clásico como John Stuart Mill, para quien existía una conexión irrenunciable entre el bienestar colectivo y el bienestar individual.

Este vínculo entre lo individual y lo colectivo en el que pensaban autores como Mill se fue diluyendo en la siguiente generación liberal en la que el humanismo ya no era la meta. Las escuelas de finales del Siglo XIX y principios del XX prácticamente desactivaron este vínculo que parecía sagrado para el liberalismo clásico. Ahora el desarrollo económico e industrial son los pilares que gobiernan, así como la expansión desmedida y ciega del capitalismo.

Cuando queremos hacer un diagnóstico de los pilares que conducen una ciudad como Medellín, se nos viene en la cara la incómoda realidad de la confusión. No se tiene muy claro si lo que orienta los planes gubernamentales es el interés general o el interés individual. Medellín ha mantenido una obsesión en los últimos tiempos por ser una de las ciudades más innovadoras a pesar de su emergencia ambiental y de todos los afectados que han dejado las megaobras que pretenden darle otra cara a la ciudad.

En Medellín está el puente interurbano más extenso del país. En Medellín hay un tranvía y un sistema de transporte en cables que conecta el centro con el oriente de la ciudad en menos de una hora con un solo pasaje. El cable Picacho promete beneficiar con transporte eficiente alrededor de 420.000 personas

del noroccidente de la ciudad. Megaobras que, sin duda, le darán otra cara a la ciudad al costo de un trágico desenlace para más de 5.200 personas víctimas de las aspiraciones innovadoras de la ciudad.

En el caso del cable Pichacho a la mayoría de la población no se le ha reasentado en otro lugar, a otras familias se les ha hecho esperar por más de tres o nueve meses para el primer pago de su vivienda. Y en todos los casos la población está obligada a ceder sus viviendas a cualquier precio porque existe la amenaza de seguir el proceso y expropiar por vía administrativa. Megaobras que llevan tras de sí familias enteras sin casas y a la espera de una respuesta son el claro ejemplo del sacrificio de una minoría por el desarrollo de una sociedad. El claro ejemplo de un “progreso” irresponsable e inconsciente.

Sin embargo, a juzgar por la emergencia ambiental en la que permanece Medellín desde hace ya varios meses, no parece ser el bien común o el interés general lo que prima en las medidas gubernamentales, pues tras varios días del pico y placa ambiental la situación no ha cambiado radicalmente. Y eso ya lo sabe la Alcaldía de Medellín. Y también sabe la Alcaldía de Medellín que las medidas con las que pretende hacer control a la industria parecen más un chiste de mal gusto que no refleja una genuina intención por hacerle frente a un problema que afecta gravemente la salud de todas las personas que vivimos en Medellín.

A Medellín no la mueve ni el bienestar general, ni le preocupa mucho las minorías vulnerables, no le importa el aire ni lo que pase con las familias desplazadas por sus megaobras. A Medellín no la mueve la mueve la gente, a Medellín la mueve la idea de

un frío e inconsciente progreso que avanza dejando a su paso tragedias humanas. A Medellín no le importa el sufrimiento y la desigualdad en los barrios populares. A Medellín ya no le importan sus ciudadanos ni cómo estos vivan en su ciudad, a Medellín sólo le importa la imagen que se proyecte hacia el mundo.

\*Egresada de Filosofía, Universidad de Antioquia



**“A Medellín ya no le importan sus ciudadanos ni cómo estos vivan en su ciudad, a Medellín sólo le importa la imagen que se proyecte hacia el mundo”.**